

Rafael Alberti
“El ángel ceniciento”
Sobre los ángeles (1929).



Precipitadas las luces
 por los derrumbos del cielo,
 en la barca de las nieblas
 bajaste tú, Ceniciento.
 Para romper cadenas 5
 y enfrentar a la tierra contra el viento.
 Iracundo, ciego.
 Para romper cadenas
 y enfrentar a los mares contra el fuego.
 Dando bandazos el mundo, 10
 por la nada rodó, muerto.
 No se enteraron los hombres.
 Sólo tú y yo, Ceniciento.

Josefina de la Torre
“Me busco y no me encuentro”
Marzo incompleto (1930-1936) (1968).



Me busco y no me encuentro.
 Rondo por las oscuras paredes de mí misma,
 interrogo al silencio y a este torpe vacío,
 y no acierto en el eco de mis incertidumbres.
 No me encuentro a mí misma. 5
 Y ahora voy como dormida en las tinieblas,
 tanteando la noche de todas las esquinas.
 Y no pude ser tierra, ni esencia, ni armonía,
 que son fruto, sonido, creación, universo.
 No este desalentado y lento desgranarse 10
 que convierte en preguntas todo cuanto es herida.
 Y rondo por las sordas paredes de mí misma
 esperando el momento de descubrir mi sombra.

Pedro Salinas
“Perdóname por ir así buscándote”
La voz a ti debida (1933).



Perdóname por ir así buscándote
 tan torpemente, dentro
 de ti.
 Perdóname el dolor, alguna vez.
 Es que quiero sacar 5
 de ti tu mejor tú.
 Ese que no te viste y que yo veo,
 nadador por tu fondo, preciosísimo.
 Y cogerlo
 y tenerlo yo en alto como tiene 10
 el árbol la luz última
 que le ha encontrado al sol.
 Y entonces tú
 en su busca vendrías, a lo alto.
 Para llegar a él 15
 subida sobre ti, como te quiero,
 tocando ya tan sólo a tu pasado
 con las puntas rosadas de tus pies,
 en tensión todo el cuerpo, ya ascendiendo
 de ti a ti misma. 20
 Y que a mi amor entonces le conteste
 la nueva criatura que tú eras.

Luis Cernuda
 “Donde habite el olvido”
Donde habite el olvido (1932-1933) (1934).



Donde habite el olvido,
 en los vastos jardines sin aurora;
 donde yo sólo sea
 memoria de una piedra sepultada entre ortigas
 sobre la cual el viento escapa a sus insomnios. 5

Donde mi nombre deje
 al cuerpo que designa en brazos de los siglos,
 donde el deseo no exista.

En esa gran región donde el amor, ángel terrible,
 no esconda como acero 10

en mi pecho su ala,
 sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el tormento.

Allá donde termine este afán que exige un dueño a imagen suya,
 sometiendo a otra vida su vida,
 sin más horizonte que otros ojos frente a frente. 15

Donde penas y dichas no sean más que nombres,
 cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo;
 donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,
 disuelto en niebla, ausencia,
 ausencia leve como carne de niño. 20

Allá, allá lejos;
 donde habite el olvido.

Federico García Lorca
 “La aurora”
Poeta en Nueva York (1929-30) (1940).



Roberto Gutiérrez Currás: *La aurora de Nueva York* (Homenaje a Federico García Lorca)

La aurora de Nueva York tiene
 cuatro columnas de cieno
 y un huracán de negras palomas
 que chapotean las aguas podridas.

La aurora de Nueva York gime 5
 por las inmensas escaleras
 buscando entre las aristas
 nardos de angustia dibujada.

La aurora llega y nadie la recibe en su boca
 porque allí no hay mañana ni esperanza posible: 10
 a veces las monedas en enjambres furiosos
 taladran y devoran abandonados niños.

Los primeros que salen comprenden con sus huesos
 que no habrá paraísos ni amores deshojados;
 saben que van al cieno de números y leyes, 15
 a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.

La luz es sepultada por cadenas y ruidos
 en impúdico reto de ciencia sin raíces.
 por los barrios hay gentes que vacilan insomnes
 como recién salidas de un naufragio de sangre. 20